

ALJABA

MENSAJE POETICO

*

*

El 15 de agosto sube
y el 11 de junio baja.
Cantores de la Asunción
de María en cuerpo y alma,
levitación en la brisa
de las plumas de las alas
que el nido de las estrellas
y los Angeles le suscitaba
voz a cantar como
la Descensión resbalaba.

Filomea voladora
en la
de la Virgen Marién.

¿Qué es aquello que relee
por las cavernas del aire?
¿Por qué el negro de la
rarga sus sedas y
y desfilaba Sierra
y labalcaz nieve el
el aire que se
que se aviene y
y que de tanto
ya no es aire, que

Donde que
sbenicando

Madre supo como
ni por donde
¿Eran alas, eran nubes,
eran estrellitas sin prisa
o la luna de la luna,
reja de plata portuana,
la que el privilegio trenaba
en varias paracaídas?
Una paloma, una técnica
en el aire se mecia.

Y sin error que lo
a la
baja, paloma, María

Y así es forzoso, alma mía,
que el infago al fin se haga.
Hay una voz en los aires
y en el pozo agua de gracia.
Pozo invertido en el cielo,
del local no fluye el agua.
Sólo un caudillo que sube,
que sube el agua la baja

se descalzan y se tiran,
ya se posan, pasan, surcan
barrancos, barrios de agomivo,
calles de fuego y de justicia.
Ya arriban al Altozano.
Albas y cruces de algarben,
flavios moventes los Angeles
e Jildefonso en casilla.

Lleva un niño de la mano.
—¿Te llevo en brazos?—No, Madre.

Más o menos concretamente nosotros nos hemos
definido: buscamos la poesía de la hora presente,
que es la poesía de todas las horas en definitiva.
Siempre nuevos y siempre viejos como los rios, hay
por nuestro cauce un fluir perpetuo de bellezas fer-
vorosas.

Nos duele el hombre y lo moldeamos sin que na-
da nos detenga: ni los juicios cargados de humos fá-
ciles, ni las sonrisas suspicaces y aun malévolas. En
nosotros hay una misión de fé y amor a estas tierras,
y acá estaremos clavados en todos los momentos. La
consciencia de tales imperativos es lo que nos hace
levantar nuestra voz llamando a nuestra obra a to-
dos los que con ella se sientan identificados... Les es-
peramos. Como prueba de fidelidades va el recuerdo
de hoy al gran poeta que fué Rafael Porlán, publi-
cando uno de sus escasos poemas inéditos.

Con esta tercera salida venimos sangrando más
que nunca: a borbotones. Que en cada paso nos va-
mos arrancando algo; dejando caer de nuestros hom-
bros todo lo que pudiera creerse mero ornamento.
Huimos de lo fácil porque nuestra pujanza exige sa-
crificio.

Acuchilla, cinco siglos
del Reino me en bridas.
Cinco siglos ven cumplidos,
cinco advocaciones danzas.
La Capilla y la Cabeza,
Catedral, Talar y Puercapota,
cinco partes de sus estrellas,
la Estrella de la mañana.

En la Asunción de
en el modo de la

JAEN, MARZO - 1952

Germán DIEGO

LETRILLA DE MARIÉN

Tres moricas me enamoran
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.

Morenica me enamora
en Jaén
la Santa Virgen Marién.

El 15 de agosto sube
y el 11 de junio baja.
Cantores de la Asunción
de María en cuerpo y alma,
levitación en la brisa
de las plumas de las alas
que al trono de las estrellas
y los Angeles la ensalza:
venid a cantar conmigo
la Descensión resbalada.

Paloma voladora
en Jaén
era la Virgen Marién.

¿Qué es aquello que reluce
por las cavernas del aire?
¿Por qué el negror de las sombras
rasga sus sedas torcaces
y deslumbra Sierra Mágina
y Jabalcuz nieva el aire,
el aire que ya se mueve,
que se aroma y se deshace
y que de tanto azahar
ya no es aire, que es donaire?

Donaire que ya la adora
en Jaén
abanicando a Marién.

Nadie supo como fué
ni por donde descendía.
¿Eran alas, eran nubes,
eran estrellas sin prisa
o la cuna de la luna,
raja de plata purísima,
la que el prodigio frenaba
en vaivén paracaídas?
Una paloma, una túnica
en el aire se mecía.

Y sin azor que la azore,
a Jaén
baja, paloma, Marién.

Y así es forzoso, alma mía,
que el milagro al fin se haga.
Hay una noria en los aires
y en el pozo agua de gracia.
Pozo invertido en el cielo,
del brocal no llueve el agua.
Sólo un canjilón que sube,
que sorbe el agua y la baja.
Es la Asunción descendida
en el ruedo de la plaza.

Y el alma bebe, devora
en Jaén
agua de Virgen Marién.

Al rozar polvo de tierra
los pies que calzaban luna
se descalzan y ya pisan,
ya se posan, pasan, surcan
barrancos, barrios de asombro,
calles de fuego y de juncia.
Ya arriban al Altozano.
Albas y cruces deslumbran,
flabelos mueven los Angeles
e Ildefonso su casulla.

Y en medio va la Señora
en Jaén
la Santa Virgen Marién.

Lleva un niño de la mano.
—¿Te llevo en brazos?—No, Madre.
Mis pies sangrando subieron
más arriba aquella tarde.
Todo son rosas de Corpus
los guijarros de esta calle.
—Hijo mío, que esta noche
Tú y yo, de luz y de carne,
en las piedras de ese muro
haremos nido de imagen.

Tan morenica está ahora
en Jaén
la blanca Virgen Marién.

Por Escuderos abajo
la morisma se dispersa.
De otra batalla tan brava,
Reduán, bien se te acuerda.
Ildefonso en su misal
—casulla en flor— canta y reza.
Marién subió a los cielos.
Claveles brotan sus huellas,
y ante el milagro de olor
se humillan tres nucas nuevas.

Tres moricas se bautizan
en Jaén
Axa y Fátima y Marién.

La Virgen de la Capilla
reina en Jaén—leño y plata—.
Acuchillad, dulces gubias
del Roldán con su Roldana.
Cinco siglos van cumplidos,
cinco advocaciones danzan:
La Capilla y la Cabeza.
Cuadros, Tiscar y Fuensanta,
cinco puntas de una estrella;
la Estrella de la mañana.

Para siempre reina y mora
en Jaén
la blanca Virgen Marién.

Gerardo DIEGO

TU VOZ HA MORDIDO MI OREJA
POR LA DESNUDA ORILLA
La Ría
Gregorio Prieto

Y
y me
Cercano estabas
estaba más cercana.

Quietas estaban las grúas
con los cuellos escuchando.

El aire cayó rendido
abiertos en cruz los brazos.

Las cuerdas cuadrículaban
azulejos extasiados.

El cielo era el agua a donde
van los luceros ahogados.

El agua era el cielo a donde
van las almas de los barcos.

Con las piernas hacia el agua
y en una borda sentado

un hombre mira a lo lejos
sin gran afán calculando

a quién diciendo estaría
que se llamaba Rosario

una mujer que una noche
llevaba un vestido blanco.

Rafael PORLÁN (†)

POR LA DESNUDA ORILLA

A Gregorio Prieto.

Yo te anudé corbatas de sombra por los ojos
y me calcé la leve sonrisa por la mano.
Cercano estabas Tú. Pero la tarde
estaba más cercana.

Todo cantaba allí, girando alrededores,
y todo me brotaba mirándome, mirándome...
Estaba el agua inquieta
cerniendo, restregando
contra los dientes verdes del fondo, el sol dorado.
Estaba el aire preso,
como esperando algo,
como perfume muerto de manzano, de corcho.

Un latir más extraño que el Arbol y su Ciencia
se me iba desde el pecho
por la garganta arriba...

Pero Tú me dejaste que extendiera la mano
mientras, enredadera de escamas, por la tierra
me iba entrando la ágría comitiva del ansia.
Y me dejaste Tú que extendiera la mano.
Y dejaste que el Arbol sostuviera sus ramas.
Y pintaste de rojo el reloj de la tarde
cuando las margaritas
estaban en tus plantas y en las mías.
Y dejaste, pudiendo, que la tarde estallara,
como un cosmos sin norte,
oscura mariposa de la araña prendida.

Pudiendo te quedaste con los brazos cruzados,
solemne la mirada.

... Después sólo recuerdo
unas paredes lisas y unas esquinas rotas;
un crugido terrible de ramas y de estrellas,
y una espada sangrante en llamas encendida.

Tú te escondiste dentro:
que aún con la roja ira pintada en tu semblante,
tal vez sentiste cierto reparo ante mi marcha
y te latía la angustia...

Emilio RUIZ PARRA.

(Versión de Angel ORESPO)

TU VOZ HA MORDIDO MI OREJA

SONETO

Atardecía por mi cuerpo lánguido...
Sin tu amor, sin la vida de tu aliento
ni la nueva de tu alma por el viento,
¡ay, qué dolor, Amor, amarte odiando!

Huiste de mi vida, traicionando
la lejana promesa de un momento:
Golondrina voluble en seguimiento
de mi dolor y en mi dolor gritando.

En medio de mi pena sin reposo
yo quisiera olvidar tu piel de diosa,
la huella de tu cuerpo que se aleja,

dormir sin delirar dentro del poso
de mi sueño... No temo el mal que acosa,
pero, en tanto, tu voz muerde mi oreja.

Jean COCTEAU (Francia)

(Traducción de
Gabino Alejandro CARRIEDO)

UNA ESTROFA DEL "SHAMSI TABRIZ"

Fieramente descarga enardecido
el brazo del amor y fieramente
nos resquebraja el cuerpo el puño hiriente
de arriba a abajo, roto y conmovido.

Mana cada grieta oro luciente
y el Amor nos arroja de seguido
a un mar iluminado, mar ardido
en líquida explosión constantemente.

Crece la ola, se alza, se avalanza
sobre otra ola y se deshace luego
y, así, mi corazón al aire lanza.

Y, él, por cima del agua y de su fuego,
clama con voz de miedo y de esperanza:
«Al que en sus manos cójame me entrego».

Djelal EDDIN RUMI (Persia)

(Versión de Angel CRESPO)

¿Quién ha punzado el corazón del tiempo?

A. Machado.

Estío de angustia

Yo sueño. El está inmóvil, clarooscuro
pájaro con las alas en los días.

Yo sueño. Y él se tiende por la niebla
horizontal nombrando a la distancia,
(como el cuerpo larguísimo de aquella
muchacha, musitado por la muerte).

Está en la casa y en los paredones,
y chilla puro y deslumbrante, y duro,
y puro y deslumbrante, y niño,
y ternura del límite, y sin límites.

En la hirsuta palabra se amontona,
este río tan tierno se nos para,
este amar tanto y tan ignoto, el verbo,
esta aurora en camino acribillada.

Yo pregunto ¿quién punza nuestra sombra?,
quién destila, si no, esta primavera
de límites. Amor, apresurémonos.
Porque el amor es tiempo.

Porque el amor es una orilla.
Un grito como un pozo—¿dónde acaba?—,
un hemisferio donde el tiempo juega
con una negra música de números.

Y transidos de tiempo navegamos.
Y con dulces pies de agua él nos transita,
y con premura él nada por nosotros.

Le dolemos. Musita nuestros nombres,
solloza nuestros nombres, su existencia.
El es el aire, un sueño nuestro cuerpo.
Y una estación final, un agujero,
un sonido oxidado, inacabable,
su amor, su amor, oh, muerte, alumbramiento.

Francisco CASAMAJÓ XIRÓ

MI ORACION

Mi oración es un viento rumoroso
volteado de lunas y palomas.

Mi oración es, Señor, por las muchachas
que han perdido sus trenzas en la noche.

Mi oración, por los niños que no saben
señalar las estrellas con la mano.

Mi oración, por la rosa que se pudre.
Mi oración, por el agua de la charca.

Gerardo VERGÉS

No tiene el corazón para sus horas
de reposo el remanso de un recuerdo
donde palpiten aguas de esperanza,
donde la vida afirme su segura
pisada hacia un destino venturoso.

Rien junto a la era donde trillo
el heno de mis tristes realidades,
verdes prados, frondosas avenidas,
aguas en dispersión, aves canoras,
vientos y estrellas dando gracia al mundo,
alegre acento a cuanto miro en torno.
Pero a mí no me llega esta ternura
total y estoy aislado como un hito.

¿Por qué, Señor, este silencio y duelo
que el corazón me invade y paraliza
la sangre en mis arterias refrenando
el loco laberinto de mis ansias?
Seco estoy como tierra en rastrojera
esperando el alivio de la lluvia,
como caz de ramblizo pedregoso
de amarillos cañares bordeado.
Un loco voltear de dangilonos
vacíos es la angustia que me invade.

Así como estoy yo la caracola
sobre la arena su silueta imprime
perdido el huésped que la mar le diera.
Así la almendra huérfana del gajo
su amarga desventura disimula
bajo el suave verdor de su corteza.
¡Así es de triste el molde de tu imagen
cuando tu estatua en yeso lo abandona!

Dame, Señor, la lluvia que apetezco,
la alegre linfa que mi caz refresque.
Llena de Fé y Amor mis arcaduces;
que el soplo de tu Gracia dé a mi pecho
resonancia de mar embravecido,
para dejar de ser esta figura
de escayola que soy, sin nada dentro,
farol sin luz, brasero sin rescoldo,
fría oquedad de estupideces llena...
¡que así es aquéllo donde Tú no habitas!

Raimundo DE LOS REYES

¡Amor, tiéndeme en tierra
los brazos a la largal...
Luego
corta todo el tomillo
y la flor de la jara
y las pitas silvestres
y el romero que nazca.

Captura una gacela
y un tibio gazapillo
recién llegado al alba;
cualquier lomo de luna
a cuestras con su luna clara
y colócalo todo
como una inmensa sábana
sobre mi vientre, el pecho
y la garganta.

Cruza después mis brazos
sobre esta flor montaña,
y vete a aquella encina
y con la vara larga,
engánchame del cielo
una cinta muy ancha
—pero ¡ay! que no se asome
ni un ángel, ni una espuma,
ni una mano de nácar—
y envuélveme completa.

Luego...
dame un beso en la espalda
y déjame que duerma
hasta que toda nazca
en un jardín sin flores,
en un jardín sin nada
y un día vengas tú
—¿cómo me encontrarás?—
¡a inventarme una lápida!...

Sagrario TORRES

INCAPACIDAD

¡Y no podré nunca!
No podré
recoger la cascada
del agua
que rueda por la falda
de los montes...
¡Y no podré nunca!
No podré
recoger la cascada
de mis sueños,
¡ebrios de milenarios
horizontes!

Fifina DEL CASTILLO DE ANTON
(Cuba)

Los Titeres

Estaban en el patio. Un patio medio andaluz con zócalo de azulejos, montera de cristales de colores, y en el centro una fuente insignificante de marmolina que sonaba monótona y blanda. Blanda es el agua en el verano.

La madre, sentada en una mecedora de rejilla, sonreía a no se sabe qué, mientras se abanicaba con un «pay pay». El niño, de rodillas ante un sillón de mimbre, hojeaba un periódico infantil.

Junto a la escalera de mármol la tía Cristina, ochentona con el cabello blanco, la cara morena y ganchuda, arrastraba dentro de unas zapatillas negras sus pies juanetudos, paseando arriba y abajo; temblona, hablando sola.

—Tía Cristina —dijo la madre dejando de sonreír— ¿Por qué no te subes a tu comedor?

—...A mi comedor... a mi comedor —repitió la vieja mecánicamente.

El niño levantando los ojos de su lectura, miró a su tía y luego a su madre. La madre le sonrió y él fué corriendo hacia ella con precipitación efusiva.

—¡Cuidadol!

—Mamá ¿Cuándo serán las 6?

La madre miró su reloj de pulsera.

—Dentro de una hora exactamente.

—¿Sí?

—Sí.

—Y dónde me va a llevar papá a las 6?

—A un sitio muy precioso. Ya verás.

—¿A cuál sitio?

—Ya lo verás.

—Nó, dímelo.

—No, no puedo decírtelo.

La tía Cristina desvía sus paseos; y aproximándose al sillón junto al que estuvo el niño, toma la revista infantil que allí hay, y se dirige hacia la escalera algo precipitada.

—¿Dónde vas con eso, tía Cristina? —dice la madre.

—A guardarlo; es mío.

—No; vas a esconderlo como haces con todo.

El niño observa la escena, va corriendo hacia tía Cristina y le arrebató bruscamente el periódico.

—¡Dame mi T. B. O.!

La tía Cristina suelta el papel con gesto agrio y continúa sus paseos, temblona, refunfuñando. El niño vuelve hacia la madre y se le sienta en el haldá. Y con voz mimosa y convincente:

—Anda, mami, dime donde me llevará papá a las seis.

—Calla... ¿Oyes? (Lejos suena una música de charanga que con mucho galleo de cornetín y coreada de voces de chiquillos se va acercando).

El niño queda con el oído atento. La corneta chillá de firme, los platillos y el bombo contrapuntean con enérgico «chispún». Los chiquillos vociferan enormemente. Hay un momento en el que pasan ante la casa y todo se oye muy bien: casi con estruendo.

—¡Ah! —gritó el niño— Ya sé dónde me va a llevar papá. Es a...

La madre le tapa la boca y le besa.

—Anda, mami, vísteme que van a llegar las seis.

—Sí, voy a vestirme, pero te advierto que todavía falta casi una hora.

—¿Me pondrás el traje de corbata?

—Claro.

El niño, dejando el periódico infantil sobre la butaca de mimbre empieza a marchar por el patio imitando el «chis pun» de la charanga que se aleja. La tía Cristina, que sigue paseando, lo mira de reojo.

Un vehículo de tracción animal se ha parado ante la puerta de la calle. Se ha oído perfectamente detenerse sobre el empedrado pavimento.

—Mamá, ya está ahí el coche.

La anciana se acerca de nuevo a coger la revista con gesto furtivo.

—Sí, hijo mío, ya está cerca el coche. Voy a vestirme corriendo.

(Y al darse cuenta de la maniobra de tía Cristina).

—Tía Cristina, que dejes eso ahí te he dicho.

El niño le mira de reojo sin dejar su «chis pun» y la anciana vuelve de nuevo a sus paseos.

La madre saca de una habitación configua las ropas y comienza a vestir a su hijo.

—Mamá, ¿cuándo me harás bolsillo trasero en los pantalones?

—Cuando seas mayor.

—¿El bolsillo trasero es para llevar la pistola?

—Sí.

—Pues yo ya tengo pistola.

—Sí, pero no es de verdad.

—¿Entonces en el bolsillo trasero sólo se llevan las pistolas de verdad?

—Claro.

—¿Y cómo son las pistolas de verdad?

—Muy grandes.

—¿Como aquel revólver blanco del abuelo que echaste al pozo?

—Sí.

—¡Ah!

El niño queda vestido. La madre lo peina con raya y tupé.

—Voy a ver el coche, mamá.

El niño va al portal, entra en una habitación, abre la ventana y mira a la calle.

—¡Hola, Pepe! —dice el niño al cochero— Enseñá vendrá papá.

—Está bien. Aquí espero.

La tía Cristina ha entrado en la habitación también y por cima de la cabeza del niño mira a la calle.

—¡Tía Cristina, feal! —El niño sale corriendo y la anciana queda refunfuñando contra el niño.

—¿Qué le has dicho a la tía Cristina? —pregunta la madre.

—...Nada.

—¿Qué le has dicho y no mientas?

—Nada... fea.

—Ya sabes que te tengo prohibido que le digas esas cosas. A los viejos hay que guardarles respeto.

—Ya son las seis mamá.

En efecto el reloj de la plaza va soltando sus campanadas lentas, largas y profundas que caen



sobre el pueblo, penetran en todos los rincones, hieren todos los oídos, retumban bajo el cielo de todo el pueblo... de todo el campo. El niño se sienta en un sillón con gesto de cómica impaciencia. La mamá agrava el semblante. La tía Cristina vuelve al patio a sus paseos y a sus soliloquios. El niño de pronto se levanta y va hacia la escalera.

—Mamá, voy al balcón a ver si viene papá.

La madre se levanta también y va hacia la habitación del portal. Se asoma por la ventana.

Pepe el cochero, con desgana y sentado sobre el pescante, lee un periódico. Casi nadie pasa por la calle... No muy lejos empieza a sonar la charanga y al poco suena una salva de aplausos. La madre se sobrecoge. El niño baja corriendo.

—Mamá, mamá ya ha empezado.

La madre le apoya las manos en la cabeza y le acaricia sin mirarle. Donde mira es a la calle, por la que, haciendo un pequeño rodeo para esquivar el landó que está parado junto a la acera, pasa otro landó. En él va una mujer no muy joven, de pelo negro y tez blanca, que mira de reojo hacia la casa, hacia la ventana concretamente. La mujer del landó que pasa, viste elegantemente y lleva en la cabeza dos claveles blancos, uno a cada lado de su frente espaciosa.

La madre mira a esta señora con ahínco, con el gesto muy grave. El landó se pierde calle abajo. ¡Ay aquella mujer! Muchas leyendas cuenta la gente, sobre dos claveles blancos que siempre saca de casa y muchas leyendas del clavel que solo vuelve.

—¿Es que no va a venir papá?

—Claro que vendrá, hijo. Ten paciencia--dice la madre sin dejar de mirar el lugar por donde se perdió el landó.

La moza de servicio de la casa de enfrente abre la puerta. El cochero Pepe, que no se sabe observado, la saluda, deja su periódico en el pescante y se baja. Comienza la cháchara con ella. De vez en cuando mira hacia uno y otro lado de la calle. Seguramente en aquel momento no desea que llegue el esperado patrón.

Lejos suena otra vez la charanga y luego salvas de aplausos. En el patio la tía Cristina, coge la revista infantil y sube la escalera con aire de triunfo. La madre y el hijo, silenciosos, miran por la ventana. El vuelve la cabeza hacia uno y otro lado. Ella en realidad, no mira a ningún sitio.

—Anda hijo, vete a jugar al patio que papá no tardará.

—No quiero.

—Anda, sí.

Otra vez el viento trae el «Chis pun» de la charanga. El niño comienza a llorar sordamente.

—Yo quiero ir, mami. Llévame tú.

A la madre se le caen unas lágrimas que intenta disimular volviendo la cabeza hacia el lado opuesto al que está el niño. La calle está silenciosa. El cochero, muy animado, sigue hablando con la moza de enfrente. Le quiere tomar la mano, y ella, colorada, sonriendo, se retira sin querer negarse del todo.

Suena otra hora en el reloj de la plaza. El sol está enganchado en los tejados. Las golondrinas espirituales, en aquella tarde de primo verano, revuelan tersas y gozosas, recortando el azul diáfano y puro.

—¿Quieres merendar, hijo?

—No; yo quiero irme --contesta el niño sin dejar de sollozar.

—Anda sí, al menos unas galletas.

La madre abre un trinchero y al tiempo que con una mano se borra las lágrimas, con la otra saca un plato de galletas y llena un vaso de leche.

—Vamos hijo, merendemos los dos. La madre sienta al niño sobre las rodillas y ambos comienzan a comer sin ganas.

De nuevo el viento vuelve a traer el ruido de lejanos aplausos y voces. El niño suspende su comida y mira hacia la ventana entristecido.

—Anda, toma otra galleta.

—(Muy apagadamente), Yo quiero ir...

El silencio es tan grande que se oye el manso caer de la fuentecilla del patio. De cuando en cuando, sacudiéndose las moscas, cocea el caballo del landó que aguarda en la puerta de la calle.

La criada de enfrente, rie nerviosamente. Da otra vez el reloj de la plaza. Llaman en la puerta de la habitación.

—¿Se puede?

—Adelante --contesta mecánicamente la mamá.

—¡Ah! Ustedes perdonen-- y la puerta vuelve a cerrarse--. Era tía Cristina.

Ni la madre ni el hijo hacen un gesto ni dicen palabra. El niño parece que empieza a dormirse... El sol marchó de los tejados y unas sombras violáceas empiezan a tinter las calles. La habitación con la persiana echada, está casi oscura. El niño se duerme del todo. La madre con los ojos abiertos, como queriendo ver algo en la oscuridad, cavila.

Pasa una hora más.

Las luces eléctricas se encienden en la calle. Se oyen pasos cercanos, de hablar luego y al momento arranca el landó. Se abre la puerta de casa. Alguien pisa fuerte en el portal y enciende la luz del patio. La voz de quien entra dice en el patio:

—Tía Cristina. ¿donde va usted con eso, a esconderlo también?

Se abre de golpe la puerta de la habitación y quien entra enciende la luz. Al ver quien hay allí, el hombre queda un poco sorprendido. La madre, su esposa, lo mira parpadeando por la luz repentina. El niño sigue dormido con un color granate subido y redondo en cada mejilla.

—¡Hola!

—¡Hola!..

—...¿Qué, se durmió?

—Sí..

El caballero lleva un clavel blanco en el ojal de la solapa.

Por la calle se oye pasar un landó.

Muy próxima se oye otra vez la charanga a grito de trompeta.

—Ya vienen anunciando la función de la noche --dice la madre cerrando los ojos.

—Ah.. sí.

Al oír la música, el niño se despierta sobresaltado.

... El caballero lleva un clavel blanco en el ojal de la solapa.

Francisco GARCIA PAVON.

NO DE AMOR PERO SI

**Gero mío jorobaba si alguien gime en genital hedor
te diré dime diretes sociedad limitada
si tu centauro herido se muere en los retretes
si la noche que brama está de cuerpo presente
si la linda lejana parece por mis barbas de bruma
si jalaré crepúsculos o pobladores difuntos vociferan
ante la extenuación posible de estupendas mujeres por el globo terráqueo
pero jamás y nunca sabría supe sabré decir quién eres tú quién eres tú.**

**Las raíces del Ser me abrasaban los planetarios gallos abusivos
se llenaban las calles de sombreros y callos y cuellos asombrados
que a todas horas vuelan gratis en manadas
hacia las tardes figúrate qué largas del estío
con guisados de una sopa de luz en sus caletres
con de en por sin sobre tras el mundo...**

**Los pitagóricos mendigos
a cero veinticinco con sueldo y dietas comprendidas
que habían saqueado criaturas de ultramarinos bajo la nieve
comerían queso y llamaban por teléfono inmediato
a los silenciosos cementerios de muchachas humildes
rugiendo: Aló...! Aló...!**

Las azules mansiones del Fabricante Único?

Ah... y qué dulces tus senos incipientes...!

Insistiendo. No muerdo.

De nadie de nada de ninguno

te servirá para llevar tu abrigo y la paloma secuestrada

para ensuciar con ardor ensimismado

tus partidas respectivas de bautismo defunción y enamoramiento

sino tu propio hueso que ahí te duele como un horno maldito

tu propia carne devastada en devotos olores

tu propia tempestad de fuego irremisible.

Me convertiré en escombros. Te lo prometo

Ah... Y gracias muchas por tus consejos atentos.

Miguel LABORDETA

Miguel ALVAREZ ORTIZ

OTOÑO

Señor, mi corazón está maduro.
Cubre mi corazón con tus dos manos,
no sea que se me rompa... y se inundase
todo el bosque de luces y de pájaros.

Señor, Tú me conoces desde arriba.
Yo soy como un pequeño camposanto,
todo lleno de olvidos y de cruces,
todo lleno de yerba y jaramagos.

Brisa de las pasiones me acaricia,
y me trae y me lleva como a un árbol.
Si sopla el huracán, Señor, me inclino,
sumiso, hacia los charcos.

¡Vendimiador celeste! ¡Ya tu viña
necesita descanso!
Señor, mi corazón está maduro
Cubre mi corazón con tus dos manos.

Francisco MARTINEZ LLACER

ES TUYO MI SILENCIO

Afónico de tanto grito sordo.
Mudo de hablar adentro, muy adentro,
sin poder decir nada a tí ni a nadie,
así me estoy muriendo.

Sangrando el alma con afán de huída.
Hundidos en la carne los fríos hierros
que aprisionan mis locos arrebatos,
así me estoy muriendo.

Qué tormento más cruel, más inhumano,
tener que estar callando lo que siento.
Estar atenazando mis pensares
mi propio pensamiento.

Terrible lucha, porque nunca sepas,
que es tuyo mi silencio.

Mario ALVAREZ ORTIZ

DE POR AHI NOS LLEGAN...

LIBROS

MAPA LIBRE.—Ramón González Barreto.—Cuba.

El excelente poeta cubano Ramón González Barreto, nos muestra ahora uno de sus libros, **MAPA LIBRE**, impreso allá en su patria. Poeta de corazón, su libro, sin guardar una unidad temática como hoy se acostumbra, es un libro que subyuga al lector. Libro en gran parte sujeto a clásicos metros —sin que falte por ello otra cosa de una mayor modernidad formal (?)— tiene en realidad una entidad superior: la del espíritu cubano y tropical del autor, (pues una de las características más interesantes en la poesía cubana, en sus expresiones y más digna de estudio es la influencia del ambiente) que auna este conjunto de poemas. Lleno de bellas imágenes, de un juego lírico profundamente sugestivo, surge en el fondo a veces la protesta social —recuerdo de la poesía negra— como en el poema del del limpiabatás.

Buen libro éste del buen poeta cubano que es Ramón González Barreto. R.

REVISTAS

ÁMBITO.—La revista que dirige en Gerona M. Pinillos, nos trae en su segunda entrega, tras una carta de V. Aleixandre, poemas de Laffón, Pérez Clotet, Miguel Labordeta, José Luis Cano, Angela Figuera, Pilar Paz Pasamar, García Morejón, Angel Crespo y otros. Prosas de L. de Luis, Pinillos, J. M.^a Aguirre, etc...

BALBUENA.—Aunque con algún retraso llegan a nosotros los números 15 y 16 de esta excelente publicación de Valdepeñas que, con sus 40 páginas por número podría ser con esfuerzo mínimo una de nuestras mejores revistas.

El primero de los números contiene originales de F. Gimenez de Gregorio, Sánchez Ruiz. Emilio Ruiz Parra, Juan Alcaide, M. Sánchez Carrasco, etc. En el segundo colaboran J. Pastor Gómez, Sagrario Torres, Giménez de Gregorio, Ochaíta, Eva Cervantes, Yoy d'Ami, F. Martínez Llácer, y contiene seis sonetos del recientemente fallecido J. Alcaide, a más de otros interesantes trabajos.

PÁJARO DE PAJA.—Madrid.—Carta séptima. Poemas de Muelas, Carriedo, Crespo, Lorenzo Gómez, Labordeta, etc. Un caracol a la plancha de Crespo.

PLATERO n.º 13.—Cádiz.—La excelente revista que Fernando Quiñones dirige, se abre con un dibujo de José Caballero. Originales de Pérez Clotet, Fernando Quiñones, Labordeta, Ximénez de Sandoval, Fernández Molina, etc.

DEUCALION.—Núm. 4.—Ciudad Real.—Poemas de A. Fernández Molina, Mario Cajina, Gregorio Prieto, Jaime Canelas, Casanova de Ayala, Rafael Jaume, Luis Cernuda, García Pérez, Angelo Sikelianos, etc. Dibujos de San José, Capuleto, García Donaire, y otros.

ALJIBE n.º 3.—Sevilla.—Contiene poemas de Aquilino Duque, Gala Velasco, Cesar Vallejo, Julio Mariscal, Fernando Quiñones, Josefina de la Torre y otros varios.

La revista, patrocinada por la Facultad de Filosofía y Letras, está editada con gran sobriedad y estética.

AGORA n.º 10.—Agora son unos cuadernos de poesía, pequeños pero bien presentados, como corresponde a unos buenos cuadernos que no quieran dejar de serlo. Su colaboración es buena, por lo general. En este número sobresalen, entre otras, las firmas de Gabriel Celaya, Angela Figueras, Monserrat Vayreda y Angel Crespo.

UMBRAL n.º 5.—Madrid.—Nos llega esta revista, amplia y bien presentada, como portavoz de un numeroso grupo de escritores y artistas, jóvenes desde luego. Literatura, arte y actualidad, son las tres principales facetas de esta publicación. Completan, además, sus páginas, cuentos y poesías. Y ahora una pregunta: ¿Es Nicolás Fontanillas quien subvenciona esta publicación?

RUMBOS n.º 57.—Esta revista de colaboración, abierta a los noveles, recoge en sus páginas artículos de actualidad, crítica de arte, cuentos y poesías. En este número 57, se observa, como en todos los números, el tono general de esta publicación, que es el de información literaria y artística nacional. interviú y ensayo breve, todo distribuido con cierta amenidad. Se echa de menos, sin embargo, la presencia de trabajos de creación con verdadera calidad literaria.

UBEDA n.º 26.—Con una excelente presentación colaboran en este número, entre otros, Melchor Fernández Almagro, Martínez de Ubeda, Antonio Tausate, Federico Muelas y Juan Pasquau (su director).

En el núm. 3 de

ALJABA

FLECHAS DE

GERARDO DIEGO

RAFAEL PORLAN

EMILIO RUIZ PARRA

JEAN COCTEAU

DJELAL EDDIN RUMI

F. CASAMAJO XIRO

GERARDO VERGES

SAGRARIO TORRES

R. DE LOS REYES

FIFINA DEL CASTILLO

F. GARCIA PAVON

MIGUEL LABORDETA

F. MARTINEZ LLACER

MARIO ALVAREZ

LIBROS
REVISTAS

DIRECCION: ESPARTERIA, 11

ADMINISTRACION:
PALOMINO & JAEN
TENIENTE BAGO. 1